

**AGENDA CIUDADANA**  
**NUESTRO TIEMPO EN PERSPECTIVA**  
Lorenzo Meyer

**El Ciclo Catastrófico**.- La idea no es mía, sino de un grupo de historiadores mexicanos y americanos que la presentaron recientemente en una conferencia en el instituto cultural que tiene la embajada mexicana en Washington. El meollo de tal idea se puede resumir así: si en 1810 y en 1910 el cambio político ocurrió por la vía catastrófica ¿ocurrirá lo mismo en el 2010?.

A la interrogación se le puede responder que no necesariamente. En efecto, en este inicio de siglo no tiene porque suceder en México lo mismo que aconteció cien y doscientos años antes. En principio, es una mera coincidencia que la evolución del proceso político mexicano al concluir el primer decenio de los siglos XIX y XX haya desembocado en sendas catástrofes, en dos guerras civiles crueles y destructivas y que, en ambos casos, tardaron casi un decenio más en resolverse para dar lugar al inicio de un nuevo régimen.

Los siglos son medidas convencionales del tiempo y no están ligadas, para nada, a los factores que intervienen en los grandes arcos históricos. Sin embargo, y aunque sea mera coincidencia de los acontecimientos con las fechas, no deja de ser interesante explorar lo que sucedió antes y después de 1810 y 1910, es decir, de los años en que se iniciaron las dos explosiones sociales que marcaron a sangre y fuego los inicios de sus respectivos siglos. Es casi inevitable verse llevado hoy a comparar esos dos dramáticos momentos entre sí y con los desarrollos que tienen lugar en este inicio del siglo XXI. Se trata, simplemente, de un pretexto para explorar y poner en perspectiva nuestro propio tiempo histórico.

En 1986, John Tutino, un historiador norteamericano de la universidad de Georgetown, ofreció dos conceptos --compresión y descompresión agrarias— que resultaron muy útiles para entender la esencia de dos épocas históricas mexicanas. En el esquema de Tutino, los setenta años que siguieron al grito de Dolores fueron una etapa de descompresión en tanto que los años del porfiriato lo fueron de compresión. (From Insurrection to Revolution in Mexico. Social Bases of Agrarian Violence, 1750-1940, Princeton University).

En el mundo físico, la compresión no es otra cosa que un proceso para estrechar, reducir, reprimir o contener algo y, desde luego, la descompresión es lo opuesto: la condición en virtud de la cual la presión “normal” retorna a un cuerpo. Para efectos sociales, y siempre según Tutino, la sociedad agraria mexicana ha sido objeto de fuerzas compresoras –que estrechan y reprimen-- y descompresoras, donde se libera de ataduras y actúa según su propia lógica e interés. Desde luego, ese análisis se puede aplicar al conjunto de la nación y a un período mayor.

**1810.**- La idea de compresión histórica ayuda, sobre todo, a descubrir, describir y explicar las fuerzas que en un período mas o menos delimitado, actuaron para reducir el nivel de vida y las opciones de uno o varios grupos sociales significativos. El énfasis se pone en los efectos negativos sobre las condiciones materiales, las expectativas y el sentido de la justicia, así como en las estrategias para resistir los cambios o, al menos, intentar modificar su esencia y dirección.

La compresión que desembocó en el estallido de 1810 tuvo su origen en el siglo XVIII, y está ligada a los cambios administrativos y económicos que entonces instituyó el gobierno español –las famosas “Reformas Borbónicas”-- que tenían como propósito no mejorar las condiciones de sus súbditos americanos sino extraerles más

recursos fiscales para llevar adelante sus objetivos de política europea. Según ciertos autores, esas reformas administrativas más los cambios en el mercado mundial, llevaron, por un lado, a un aumento de la producción minera —el corazón de la relación de la Nueva España con el sistema capitalista global— y por otro, afectaron negativamente a una parte importante de la sociedad mexicana. Así, mientras el valor de la producción de plata se duplicó entre 1762 y 1804 y las transferencias de México a España aumentaron, los precios del maíz, el alimento principal de la colonia --cuya producción fue descuidada por la política imperial— también aumentaron --se duplicaron entre 1700 y 1810-- y eso afectó al grueso de una población que iba en aumento. De esta manera, la notoria prosperidad de la minería simplemente no se reflejó en un mayor bienestar de las clases populares de la sociedad novohispana sino todo lo contrario. La pobreza extrema en medio de riqueza extrema, fue algo que llamó mucho la atención de Alexander von Humbolt cuando visitó México en vísperas del estallido de la guerra de independencia.

Las contradicciones económicas entre las partes del viejo imperio español más las tensiones sociales y políticas crecientes al interior de la Nueva España (donde, además, surgió una diferencia de intereses entre la iglesia católica y la Corona que se manifestó, entre otras cosas, en la expulsión de los jesuitas) se conjugaron con la crisis política general ocasionada por la invasión napoleónica de la Península Ibérica en 1808. La destitución del monarca español, que marchó prisionero a Francia, se dio, en la Nueva España, en el marco de una creciente división entre criollos y peninsulares y del surgimiento de un nacionalismo mexicano incipiente basado en la religión popular (el guadalupanismo). La feroz violencia que se desató en 1810 en lo que poco más tarde sería México, no tenía precedente desde el final de la conquista.

La descompresión que siguió a la disolución del imperio español de América desembocó rápidamente en una inestabilidad política crónica en todas las antiguas colonias. El México independiente vivió entonces un conflicto constante entre las diversas facciones de su nueva elite: monarquistas contra republicanos, federalistas contra centralistas, la iglesia contra los masones y, finalmente, liberales contra conservadores. Sin embargo, lo que en el ámbito nacional era una desgracia, en los diversos mosaicos del país resultó ser una ampliación de la autonomía y libertad de acción de los pueblos. El poder que perdió el gobierno central lo ganaron los estados y los pueblos –sobre todo, los caciques. En muchos casos esos pueblos se convirtieron en municipios para ganar autonomía y en ciertos lugares lograron recuperar o ampliar sus tierras comunales a la vez que le negaron recursos al gobierno nacional, incluso en tiempos de guerra contra el invasor extranjero. En esas condiciones, la marcha de la vida local y nacional no lo hicieron al compás del mismo tambor.

**1910.**- La descompresión del siglo XIX resumida en el párrafo anterior, terminó cuando volvió a surgir una elite unificada, una clase política con un proyecto ampliamente compartido y un gobierno central fuerte. Para llegar a la unidad nacional fue preciso pagar el costo de una larga guerra civil y la imposición del proyecto liberal y republicano sobre el conservador, monárquico y clerical.

Con el establecimiento de la dictadura porfirista, se entró de lleno en la etapa de la compresión. Las comunidades y los pueblos perdieron parte sustancial de su autonomía. Los jefes políticos, respaldados por el ejército y el cuerpo de rurales de la federación, controlaron con mano férrea a las sociedades locales según los lineamientos y órdenes de los gobernadores y estos últimos respondieron siempre a las directivas de un presidente que desde 1884 se perpetuó en el poder mediante la

reelección sistemática. La agricultura capitalista llevó a la expansión de las haciendas y a una lucha constante por la tierra y la mano de obra, entre la gran propiedad rural y los pueblos.

En general, la macroeconomía porfirista fue todo un éxito, en buena medida como resultado de la estabilidad política impuesta por una dictadura liberal. En el exterior, México fue considerado como un ente digno de crédito y la inversión externa directa llegó de manera masiva a los ferrocarriles, minería, agricultura comercial, banca, comercio e incluso a la gran obra pública. En el interior, surgió un mercado digno de tal nombre y la revolución industrial se inició en México. Mucho se ha dicho sobre la crisis económica de 1907 como detonador del descontento que desembocó en la rebelión maderista, pero comparada, por ejemplo, con la depresión que ha tenido lugar entre 1982 y el presente, esa crisis no paso de ser un pequeño incidente. En realidad, lo que falló en 1910, el año de las grandes fiestas del centenario, no fue la economía sino el sistema político: un sistema basado en el monopolio del poder y las relaciones de complicidad, viejo y anquilosado, creador y sostenedor de una oligarquía voraz e inescrupulosa y de una injusticia social en nada distinta a la que había escandalizado a von Humbolt un siglo atrás.

La idea de la injusticia y el vuelo que dio a la imaginación popular el llamado de Francisco I. Madero para abrir el gobierno a la alternancia, fueron los detonantes de algo que casi nadie supuso posible en 1910: una gran revolución social.

La nueva etapa de la descompresión se inició casi de inmediato. Justo como en la primera etapa de la vida nacional, la Ciudad de México perdió importancia política a favor de las regiones, que fueron el verdadero escenario de la lucha por el poder. Los jefes políticos desaparecieron, los caudillos y presidentes debieron negociar con los

nuevos líderes locales; las haciendas dejaron de expandirse y se volvieron vulnerables, los peones y los trabajadores industriales (una minoría) dejaron de ser sumisos. Desde luego, la etapa donde los intereses locales y populares estuvieron menos restringidos, donde adquirieron prioridad en la agenda nacional, fue durante el gobierno del presidente Lázaro Cárdenas, especialmente entre 1935 y 1938.

**¿Y el 2010?**- Cuando el PRM se transformó en PRI se inició en México una nueva etapa de compresión social. En el discurso oficial se mantuvo la idea de justicia social pero en la agenda nacional real se le relegó a un plano secundario. La prioridad fue el crecimiento económico dentro de un contexto de estabilidad autoritaria gracias a la existencia de un partido de Estado y a la supremacía de la presidencia sobre el resto de las instituciones y actores políticos.

Como en la última parte del siglo XVIII y como al final del XIX, a partir de la II Guerra Mundial la economía mexicana creció y mucho. Entre 1950 y 1980, el promedio anual de crecimiento del Producto Interno Bruto (PIB) fue de 6.4% anual y el PIB per capita de 3.3% anual. Ese desarrollo material, cuyos beneficios se repartieron de manera muy desigual –muchos para los pocos y poco para los muchos-- fue la base de la legitimidad de un régimen que, sin ser una dictadura clásica, tampoco era una democracia. A partir de la crisis económica de 1982, el panorama cambió de manera radical y permanente. La compresión dio entonces un salto cualitativo y se hizo más aguda.

Desde 1982 el crecimiento del PIB apenas si consiguió mantenerse a la par del de la población, por ello el crecimiento per capita simplemente se detuvo y en veinte años ¡apenas si superó al cero por menos de dos décimas de punto!. Las propias cifras oficiales señalan que tras noventa años de la llamada “primera revolución social del

siglo XX” más de la mitad de la población mexicana vive en condiciones de pobreza moderada a extrema.

Que la tercera ola de compresión social que hoy vive México no se traduzca en una nueva catástrofe, similar a las ocurridas en 1810 y en 1910, depende, en buena medida, de que la presión social, la frustración colectiva, encuentre un cauce constructivo para iniciar de inmediato y pacíficamente un necesario proceso de descompresión. Una transición a la democracia sentida como tal por la mayoría de los ciudadanos, puede ser el principio de una renovación de la legitimidad de la estructura de autoridad que, a su vez, permita e impulse una política social que revierta la polarización y el evidente resquebrajamiento de la solidaridad colectiva. En suma, en la historia política de México hay lecciones que no deben ignorarse so pena de ver repetida la tragedia.